

EL ÚLTIMO RIEL



EL ÚLTIMO RIEL.

ACABA de entrar México en la gran red de acero que cubre el territorio de los Estados Unidos de América, y este acontecimiento, que será uno de los mas notables que registre la historia de nuestro país, no sólo por la actividad asombrosa con que han sido construídas sus primeras mil doscientas veinticinco millas, sinó por sus resultados trascendentales, viene siendo objeto y materia de los comentarios y consideraciones mas diametralmente opuestos, según la posición, antecedentes y modo de ver de los comentadores.

Hay un considerable número de pesimistas que se manifiestan profundamente conmovidos, y de cuya mente no pueden apartarse esos dos hilos metálicos que representan la trasfusión de dos pueblos, de los que uno, el nuestro, va á dar una voltereta definitiva, como la del pajarillo entre las fauces del boa constrictor. ¡Adios independencia! ¡Adios autonomía! ¡Adios industria! ¡Adios comercio! ¡Adios agricultura! todo va á ser absorbido; ésta es la palabra: absorbido por el pueblo gigante; todo, del primer chupetón.

Hubo pesimista de estos hace diez años que explicó clarito cómo era mas fácil al ejército americano venir á México en ferrocarril que á pié. Hubo quien probara, con muy buenas razones, que mientras los yankees no tuvieran un ferrocarril, no habían de pensar en hacernos la guerra; y todo el grupo hipocondriaco, en fin, acabó por asegurar que el Ferrocarril Central era la pérdida definitiva de nuestra nacionalidad.

Esta salsa compuesta de temores y vacilaciones ha sido sazonada con la respectiva

sal y pimienta del partido conservador; el que, por supuesto, ha encontrado propicia coyuntura para hacer alarde de un patriotismo triste, desaprobativo y santurrón, y que consiste, como de costumbre, en amar el pasado, condenar el presente y ennegrecer el porvenir.

—Es preferible nuestro atraso, se murmura en la sacristía, valía más nuestro «statu quo.» ¿No le parece á usted, padre X?

—Por de contado, mi señor, en eso no cabe ni «Gerónimo de duda.» Van á venir tiempos muy calamitosos para esta tierra que nos vió nacer. De modo y manera que si nos fuera permitido aplicar de una manera profana el sagrado lema de nuestra Madre Santísima de Guadalupe, podríamos decir que el destino «non fecit taliter omni nationen.»

Otro de los grupos pardos que ha alborotado el humo del Ferrocarril Central, tiene de los yankees la misma idea que de los antiguos titanes.

—Yo creo mas bien, dice un docto, que

ha vivido ya medio siglo en la misma casa del mismo callejón, que son una especie de cíclopes, con un ojo adicional en la frente.

—Muy bien dicho, compadre; y ese ojo es el ojo ferrocarrilero, ya ve usted si no, cuántas cosas grandes han hecho con ese ojo.

—Sí, pero nada semejante á las obras admirables del Indostán, ni á las de Asiria y Babilonia, porque aquellas obras eran ejecutadas todas para el culto á la divinidad, y las obras de los norte americanos tienen por objeto el culto á Satanás, ó lo que es lo mismo, á la ambición desenfadada de riquezas, extrañas á la Iglesia.

—Muy bien dicho, compadre; ése es el verdadero espíritu de esos hombres sin religión, que dicen que son los que vienen á civilizarnos.

—Figúrese usted, civilizarnos á nosotros! cuando el mismo Juvenal ha dicho tantas veces, en sus charlas dominicales, que México camina á la vanguardia de la civilización!

—Pues ya se vé, nosotros no necesitamos

más civilización, ni mucho ménos de esa clase, la civilización protestante! ¡vaya usted á ver! ¡Habían de ser los protestantes los que vinieran á enseñarnos á nosotros!

—Pero ello es que así lo pregonan los liberales. ¿No ve usted cómo están creyendo que esto del ferrocarril va á ser una bendición de Dios?

—No lo crea usted, compadre. No lo creen ellos mismos, aunque lo digan; usted mejor que nadie conoce los resortes secretos de la prensa que se dice liberal. Ellos son los primeros en temblar ante las consecuencias de semejante calaverada, ya verá usted, ya verá usted, compadre, lo que sucede dentro de poco.

—Qué cree usted que va á suceder?

—Pues muy sencillo, compadre. Comience usted porque hay tomados como ciento cincuenta mil boletos para el primer viaje. ¿Se figura usted avalancha semejante? ni la irrupción de los tártaros, ni las depredaciones de Attila, pueden darnos una idea de esa conquista.

—Conquista pacífica.

—Sí, pacífica, de apropiación, de usurpación, de «money» pero conquista ¿No ve usted cómo se han apoderado de la plaza del Seminario donde exhiben á sus animales feroces y á sus mujeres desnudas? No ve usted cómo, no contentos con embaucar al pueblo bajo con funciones baratas, se apoderan también del teatro y se atreven á dar óperas en inglés? Cuándo se había visto semejante profanación? Si hubieran venido hace veinte años los apedrean; pero hoy todo lo yankee está de moda, muebles yankees, circo yankee, ópera yankee, zapatos yankees.

—Cómo!

—No ha visto usted, á nuestros pollos metidos en unos zapatos descomunales, acabados en punta como todo lo de los yankees? Póngales usted cuidado, tienen unos piés feroces, que ellos mismos les llaman de «vía ancha,» y de punta angosta; son una especie de chalupones en que caben los piés del Coloso de Rodas.

—No les he puesto cuidado. Pero lo que

sí me ha llamado la atención son unos letreros que hay por todas partes que dicen «English spoken» y que según yo me malicio quieren decir: «se habla inglés.»

—Exactamente. Esos son los preparativos del terreno. Es para que no vengan esos ciento cincuenta mil yankees el día menos pensado sin encontrar quien los entienda.

—Afortunadamente ellos no se confiesan, compadre, que si no, ya tendríamos trabajo usted y yo en el confesonario.

—Es seguro, ellos buscarán la cantina, la sastrería, la fonda y el circo, y en todas esas partes «english spoken.»

Estos rumores se difunden por la ciudad, engendrando una especie de hipocondría nacional, que hace contraste con los preparativos de la inauguración del ferro-carril. El resto del público permanece indiferente, esperando los acontecimientos; quiere ver venir las cosas y no se atreve á emitir su opinión en una cuestión realmente difícil, y sobre todo nueva.

Hay algunos, no obstante, que abogan

por el «latinizamiento» contra el «sajonismo;» lo cual equivale á apelar á la honra en lugar de apelar al revólver para defenderse de los ladrones; otros creen que dedicándonos á la música, seremos mas fuertes, y otros al catolicismo, puesto que los otros son protestantes.

Yo no sólo respeto profundamente estas opiniones, sinó que les reconozco su poder curativo, como á muchas drogas, siempre que la ciencia las sepa aplicar en su caso. Pero entre si serían galgos ó podencos, los rieles se juntaron y el camino está listo.

Empieza la representación. ¿De qué drama?

—Del de la pérdida de la nacionalidad, responden sentenciosamente los conservadores.

—Del de la absorción de nuestra raza, dicen los «absorcionistas.»

—Del de nuestro «ayankamiento» dicen los habitantes del distrito federal, temerosos de que se acaben las tortitas compuestas y los cacahuates.

¿Y de todo esto cuál será lo cierto?

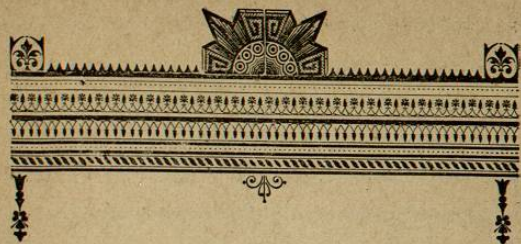
A mí me parece que la nacionalidad se estará parada á pesar de los conservadores; que la estupenda absorción consistirá en el aumento de la colonia americana, que por poderosa que llegue á ser, permanecerá como el aceite y el agua, separada de nuestro pueblo é impotente para transmitirle ninguna de sus costumbres, de sus vicios, ni de sus virtudes; porque si nuestro pueblo fuera susceptible de modificar sus costumbres y manera de ser por el contacto con los extranjeros, no estaría hoy el comercio casi exclusivamente en manos de alemanes y franceses, y las panaderías en manos exclusivamente de españoles.

No hay pues temor de que nos ayankeemos, por la misma razón que en sesenta años no hemos podido todavía ni «alemanizarnos ni españolizarnos.»

Los americanos vendrán y harán tan buenos negocios ó mejores de los que han hecho los otros extranjeros, y nosotros nos los quedaremos viendo, con la misma cara

con que contemplamos los palacios de Toriello Guerra y el Club alemán; y el terrible y pavoroso ayankamiento consistirá, cuando más, en que algunos jóvenes mexicanos bien educados, instruidos y capaces de aprovecharse del contacto con la raza de hombres de negocios, y de nutrirse con el espíritu práctico de la civilización moderna, aprenderán á enriquecerse, en bien del país, en obras útiles y trascendentales, como aprendió nuestro inolvidable Ramón Guzmán, con el aplauso y beneplácito de la sociedad entera.





EN UN VAGÓN.

TODAS las cosas se parecen á sus dueños.

—¿Por qué lo dice usted?

—Por una friolera. Figúrese usted que estoy convidado á una tertulia deliciosa esta noche; y digo deliciosa, porque van allí unas muchachas angelicales, de esas que hasta salen á bailar en los periódicos de puro lindas; van mis amigos, se toca el piano

se canta, se baila y se cena de una manera espléndida.

—Pero bien, ¿porqué no se queda usted?

—Qué me voy á quedar. Estamos viviendo en San Angel, porque á una de las niñas le dió tos ferina y al mayorcito lo hemos tenido con intermitentes.

—Válgame Dios. Pero por qué decía usted que todas las cosas se parecen á sus dueños?

—Ah! lo decía por nuestro servicio de ferrocarriles, cuya despótica consigna, para mengua de la civilización y del progreso, es ésta: á las ocho cada mochuelo á su olivo. Los de San Angel, Tlalpam, Mixcoac y demás pueblos circunvecinos y los habitantes de las colonias y de los barrios, á dormir á las ocho; y cuidado quien se mueve, que bastante guerra dan durante el día.

—Sabe usted que después de todo, ésta es una tiranía?

—Es algo más que eso. Es, que aunque nos la den amasada y compuesta, los mexicanos no sabemos aprovecharnos de los be-

neficios de la civilización, ni tenemos la ambición bastante para medrar y engrandecernos, aun cuando tengamos en nuestras manos la posibilidad. Figúrese usted, amigo mío, que es triste condición la nuestra; que hemos de seguir teniendo las costumbres de una ciudad frailesca, porque así le dá la gana á una empresa, que después de hacerse millonaria á costa del público, le paga á éste con encerrarlo á las ocho de la noche, sin que haya poder humano que la convenza de que llegaría á duplicar sus entradas si hiciera extensivo el servicio hasta las altas horas de la noche.

La tal compañía prefiere ganar lo que gana y tiene asegurado, á aventurar un solo centavo en el servicio nocturno, no obstante ser éste ya una verdadera exigencia de la sociedad. La empresa finge creer que el público no ocupará los trenes de noche, y se empeña en que los mexicanos somos medio salvajes, y que jamás hemos de adoptar las costumbres de las sociedades cultas, y digo que la empresa finge creerlo así, para ocul-

tar la verdadera causa de su retraimiento, que es la pusilanimidad y el egoísmo, el deseo de enriquecerse sin peligro, aun cuando sea tiranizando á la sociedad que la protege y que merece más consideraciones y más respeto de los que la empresa le guarda.

Los pueblos de los alrededores están llenos de las familias que salen de la capital en busca de mejores aires; pero dado el momento en que una familia tiene necesidad de salir de garitas es condenada por la empresa de ferrocarriles del Distrito á llevar vida de campesino, á prescindir de la vida de noche, que es la vida de las capitales.

¡Qué mucho que México, á las nueve, parezca un cementerio, cuando la empresa se empeña en que cese el tráfico nocturno, cooperando con su mezquino y poco calculado proceder á acrecentar y sostener ese mal gravísimo que nos aqueja de la falta de sociabilidad, que se hace sentir en México más y más cada día.

Relativamente es muy corto el número

de personas que pueden hacer visitas de día porque sus ocupaciones no se lo permiten. Las reuniones sociales son generalmente en todas partes de noche, y en México estamos sentenciados por la referida empresa á prescindir de nuestros deberes sociales y de la comunicación con nuestro respectivo círculo, por que ya no sólo arredra la distancia sinó el mal estado de las banquetas y del alumbrado.

Si la empresa de tranvías conociera sus verdaderos intereses y pensara un poco en el servicio que prestaría á la sociedad y á las costumbres, debía mantener el servicio hasta después de las doce de la noche; y sólo esto cambiaría la faz de la ciudad, cediendo esta mejora muy directamente en beneficio del comercio y de las empresas de teatro, que contarían con el público de los suburbios, de las colonias y de todos los lugares distantes de los teatros; porque á la verdad, en las presentes circunstancias, necesita un habitante de Peralvillo, de San Cosme ó de San Pablo una pasión decidida

por el arte dramático, para salvar dos veces la distancia de su casa á la calle de Vergara.

Esta mejora, repetimos, no sólo cedería en beneficio material y directo de ciertas empresas, sinó que influiría poderosamente en el movimiento social, tan necesario á los habitantes de esta ciudad con resabios de poblacho.

Es verdaderamente ridículo, y pugna con el espíritu de este género de servicio público, ese toque de queda que condena al sueño, al fastidio y á la inacción, á una ciudad de cuatrocientas mil almas.

Hay muchos pesimistas, los empresarios de las tranvías «in capite,» que le dicen á usted que esta sociedad está muerta, y no tiene remedio, que de nada servirá que se establezca el servicio de noche, porque los vagones se pasearán vacíos por todo México.

Es que á la empresa le duele perder en los primeros días de prueba, en los que, á no dudarle el movimiento sería insignifican-

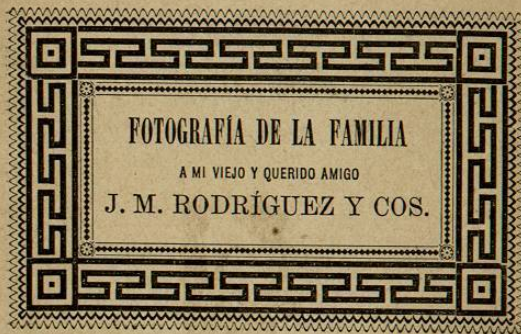
te; pero téngase presente que las facilidades para viajar son las que forman el hábito de los viajes; y apelo á todas las empresas ferrocarrileras y á la historia de todos los ferrocarriles, que tanto han modificado las costumbres en el mundo. El público no ha sido concurrente sino después de cierto tiempo de establecida una línea, porque el movimiento de la mayoría no se determinó repentinamente, sinó á medida que en las combinaciones de cada individuo del público va entrando la ocasión y el motivo para aprovecharse del beneficio.

Esta población, compuesta en su mayor parte de empleados y comerciantes, haría de buena gana sus visitas de noche, y llevaría la animación á las colonias, desiertas ya á las ocho; en cambio, los habitantes de las colonias vendrían á dar más vida y animación á la capital y á sus espectáculos.

—Tiene usted mucha razón, dijo el otro pasajero; pero á pesar de todo, los avaros ferrocarrileros han de seguir haciendo su agosto con perjuicio del público y con men-

gua del adelanto y la cultura de la capital.

En esto habían llegado á San Angel; los dos interlocutores se despidieron y metiéndose en el lodo se perdieron en la oscuridad.



UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
FOTOFONSO N. 7
Calle 1425 MONTEVIDEO